

Identidades de género, machismo y masculinidades en San Martín Tilcajete, Oaxaca: reflexiones en torno a la justicia social a partir de un estudio de caso

Gender identities, machismo and masculinities in San Martín Tilcajete, Oaxaca, Mexico: Reflections on social justice, based on a case study

Ma. Lucero Jiménez Guzmán
*Serena Eréndira Serrano Oswald*¹
Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen

En la primera sección se presentan ideas sobre la construcción social de las identidades de género, las representaciones sociales, las masculinidades y su análisis con el fin de enmarcar el estudio. San Martín Tilcajete, Oaxaca, constituye el contexto de investigación en el que tiene lugar la puesta en práctica de representaciones sociales de género con su resultante machismo, que si bien históricamente conllevan relaciones desiguales, también consideramos que ante los cambios actuales tienen un importante potencial de transformación en aras de lograr una equidad con justicia social. La metodología utilizada es cualitativa e incluye entrevistas, cuestionarios, trabajo

Abstract

In the first section of the article presents a reflection about the social construction of gender identities, social representations, masculinities, and their analysis in gender studies. This in order to address a specific case study investigating gender identities and the ways in which machismo operates in everyday life. The municipality of San Martín Tilcajete in Oaxaca is the place where gendered social representations are translated into quotidian practices, historically rooting unequal relations among men and women, although as shall be discussed, also having the potential to transform them in favor of greater social justice and equality. The methodology comprises

¹ La autora desea reconocer el apoyo de la beca posdoctoral DG APA-UNAM que posibilitó esta publicación.

etnográfico. Incluye también elementos de un censo local.

Palabras clave

Estereotipo sexual, discriminación sexual, sistema de valores.

a triangulation of interviews, a free associations questionnaire, the local census, and ethnographic fieldwork.

Keywords

Gender stereotypes, sexual discrimination, value systems.

Introducción: reflexiones en torno al género y los estudios de género

Sin duda, los estudios de género se han centrado en la situación de las mujeres, a tal punto que tendemos a pensar en los hombres como de, sobre y para mujeres. En los últimos años, cierto número de libros y artículos cuya materia es la historia de las mujeres, sustituyeron en sus títulos 'mujeres' por 'género' (Scott, 1996). Esto es totalmente explicable.

No hay que olvidar que tanto el feminismo como la perspectiva de género tienen su fundamento en luchar contra la subordinación de las mujeres. En un mundo tan desfavorable para el género femenino es lógico que las principales preocupaciones sobre el tema hayan partido de las mujeres y, tal vez por ello, las imágenes de hombres y masculinidad no habían sido objeto, hasta hace poco tiempo, de un interés semejante.

Hoy, parece existir cada vez más un consenso de que para tratar de resolver los problemas de inequidad de género, trabajar únicamente con mujeres es insuficiente y puede no ser tan fructífero como se desearía, pues trabajando sólo uno de los polos del problema se olvida que éste es multifactorial. Se dice entonces que no se avanzará sólo estudiando a las mujeres, ya que el objeto es más amplio. Requiere de analizar en todos los niveles, ámbitos y tiempos las relaciones mujer-varón, mujer-mujer y varón-varón.

Es fundamental tener siempre en cuenta la perspectiva relacional del género. La situación de las mujeres no puede ser entendida de manera aislada de su relación con los varones; asimismo, no es posible entender esta relación independientemente de las dimensiones de pertenencia étnica, de clase y generacional. También es importante examinar las interacciones entre los géneros en el contexto de las relaciones geopolíticas, económicas y culturales de cada sociedad y en el marco de los derechos.

De allí surge la necesidad de empezar a mirar el papel de los hombres y de las masculinidades en la construcción de las relaciones de poder entre los géneros y en la sociedad en general, como un estrategia para superar las dificultades en el camino hacia la equidad de género, entendida ésta como una propuesta de construcción de ciudadanía, de vigencia de derechos humanos y de combate a la pobreza (Herrera & Rodríguez, s/f).

Se trata de manera prioritaria de indagar cómo se construye el poder patriarcal desde la cotidianeidad, cuáles son los privilegios del poder masculino, y también cómo la construcción de estos privilegios implica ocultar ciertas fragilidades (Kaufman, 1995). La apuesta es por la desbiologización de las identidades en contextos específicos como primer paso para que varones y mujeres empiecen a entender que sus vidas están marcadas por su condición sexuada y que las responsabilidades y privilegios que esta condición les otorga tienen que ser asumidos (Kimmel, 2000).

Asimismo, se inicia reconociendo que el derecho a ejercer poder implica para los varones construir determinadas relaciones y responder a presiones que también producen dolor, aislamiento y alienación en relación consigo mismos, con otros hombres y las mujeres (Kaufman, 1995). Así, la masculinidad hegemónica, definida como forma dominante de masculinidad en la jerarquía de género, que constituye “la configuración de prácticas de género que legitiman el patriarcado al garantizar la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell, 2003: 116), se presenta con saldo negativo para hombres y mujeres. Constituye un peligro, para ellos mismos y para todas y todos los que los rodean, particularmente para las y los más vulnerables como veremos en relación con la violencia de género en el estudio de caso.

En este sentido, la preocupación por descubrir y denunciar los artificios culturales que fomentan la dominación de las mujeres y los discursos que contribuyen a construir y preservar la jerarquía y la injusta distribución del poder, ha dejado un amplio terreno por explorar, por ejemplo las maneras como se construye socialmente la masculinidad, como quienes nacen ‘machos’ de la especie humana, a partir de las representaciones sociales existentes, devienen en hombres (Vela en Calligos, 1996; Flores, 2001).

Con base en ello, el interés principal del presente estudio es la forma en que las construcciones de masculinidad y feminidad constituyen los marcos sancionados de las identidades de género —especialmente las masculinidades en un contexto definido según las personas del lugar como de alto machismo (Serrano, 2010)— siempre de forma relacional, mismas que se traducen en prácticas específicas en la cotidianidad e impactan de forma desigual a varones y mujeres.

El estudio parte de un proyecto de investigación, realizado en diversas etapas, acerca de las identidades de género como construcciones sociales y culturales y se enfoca en sus transiciones a raíz de los cambios en el trabajo, la cultura y la familia, en el municipio de San Martín Tilcajete, Oaxaca. Combina una metodología triangulada que consta de observación participante *in situ* a partir del año 2003, un cuestionario de asociaciones libres en torno a las identidades de género (n150), 22 entrevistas en profundidad a varones y mujeres, trabajo en grupos familiares y comunitarios, así como el micro-diagnóstico de la zona de estudio.

La Teoría de Representaciones Sociales y los estudios de género y masculinidades

La Teoría de Representaciones Sociales (TRS), en su relación de sentido común con enfoques amplios y transversales sobre la identidad —como es la perspectiva de género—, nos permite recuperar una visión relacional en el abordaje de las identidades a nivel micro (individuales, al interior de las familias), meso (en las dinámicas laborales, a nivel grupal y comunitario) y macro (procesos culturales y sociales, globalización, modernización, medios tecnológicos y masivos de comunicación) en su interacción.

La representación social siempre es de carácter relacional, social, contextualizada socio-históricamente sin establecer un determinismo rígido (re-presenta), y su mecanismo y funcionamiento es dinámico: contiene elementos de consenso y disenso-ruptura. Presenta ventajas para el estudio de las identidades de género, ya que permite explorar contenidos así como procesos de conformación y transformación de las identidades de género desde una lógica relacional, procesual integradora y no dicotómica. Una

representación social se construye en y con la cultura y por lo tanto no es un esquema psicológico ni cognitivo individual. Las representaciones sociales son productos sociales derivados de la interacción y por ende su naturaleza es relacional.

La cultura es el contexto en que tienen lugar los procesos identitarios y de socialización, de asimilación y de diferenciación entre seres humanos con otros seres vivos. Es el ámbito del conocimiento y la comunicación de los significados materiales y simbólicos, de la acción histórica, de la asimilación, que constituye el campo fértil donde se arraigan y nutren las identidades a partir de las representaciones. Los seres humanos son resultado de y constantemente hacen cultura.

Los procesos de la representación están directamente vinculados con los procesos de conformación, mantenimiento y transformación de las identidades sociales y colectivas. El enfoque de identidad multi-nivel, incluye tanto las relaciones entre grupos de adscripción (endogrupos) y grupos externos (exogrupos), como los procesos históricos, contextuales y los contenidos representacionales fuertemente arraigados (por ejemplo las tradiciones o las visiones del mundo).

En torno al género, las representaciones sociales constituyen el capital simbólico de la cultura del que habla Bourdieu (1996) a partir del cual se construyen y norman las identidades de género, la feminidad y la masculinidad, el “deber ser” de mujeres y varones, siempre de forma relacional.

Así, las representaciones sociales en torno a la masculinidad, localmente arraigadas, determinan los contenidos y guían las prácticas de varones, y quienes se relacionan con varones al interior de la sociedad o de sus diversos grupos, como se observa en estudios en torno a las masculinidades realizados con jóvenes en Ciudad Bolívar, Colombia (Ospina, 2007; Ballén, 2012), entre estudiantes de pedagogía en Chile (Lizana, 2008), y en el caso de la sexualidad entre adolescentes de Veracruz (Contreras, de Keijzer & Ayala, 2012). Empero, como logros culturales, las identidades de género son susceptibles a modificaciones, lo cual visibiliza la importancia de teorías, metodologías e investigaciones comprometidas con los problemas subyacentes de la equidad.

Con el fin de estudiar las representaciones sociales de género que son el cimiento de las identidades de género en todo tipo de niveles, las autoras distinguen entre tres contextos interrelacionados en los que surgen y se transforman éstas (Duveen & Lloyd, 1990): a) la sociogénesis, o el nivel de la sociedad en su conjunto, del grupo en lo que respecta a la cultura, al origen sociohistórico del conocimiento; b) la microgénesis o el nivel de la interacción social y la comunicación cotidiana cara a cara; y c) la ontogénesis, es decir la socialización o enculturación a nivel del individuo durante su ciclo de vida, la cual tiene lugar a partir de las representaciones sociales que internaliza, reproduce y transforma a la vez que le transforman.

Tras haber expuesto nuestra perspectiva teórico-metodológica y antes de adentrarnos en los resultados de nuestro estudio, consideramos pertinente hacer algunas anotaciones en torno al estudio de las masculinidades desde una perspectiva de género relacional.

Algunas ideas sobre las masculinidades y su estudio

Un punto de partida que consideramos muy importante es que concebimos a las masculinidades como un producto histórico y social que debe ser analizado desde la perspectiva de género y, teniendo como principio y objetivo fundamental la lucha contra la opresión de las mujeres y las desigualdades en el ejercicio del poder que sigue manteniendo a muchas mujeres en un papel subordinado, a menudo como víctimas de la violencia de género (Jiménez, 2003).

La masculinidad, para algunos autores, se refiere a la forma aceptada de ser un varón adulto en una sociedad concreta; es decir, aquello a lo que se denomina “hombre de verdad” o “auténtico hombre” es en realidad algo incierto y precario, como un premio a ganar o conquistar con esfuerzo (Gilmore, 1994). Muchos piensan que en nuestras sociedades la masculinidad es definida como la norma.

Coincidimos plenamente con Pierre Bourdieu (1996), quien afirma que el orden social masculino está tan profundamente arraigado que no requiere justificación: se impone como autoevidente, es considerado natural, gracias a un acuerdo entre todos, que se obtiene por un lado a partir de estructuras sociales como la organización social del espacio y el tiempo y

la división sexual del trabajo, y por otro, de estructuras cognitivas inscritas en los cuerpos y en las mentes.

Las personas dominadas, o sea las mujeres, aplican a cada objeto del mundo y en particular a la relación de dominación en la que están atrapadas, esquemas no pensados que son el producto de la encarnación de esta relación de poder, en forma de pares binarios, y que las lleva a construir como natural el punto de vista del sujeto dominante. La eficacia de la dominación masculina radica en el hecho que legitima una relación de dominación que se inscribe en lo biológico, que en sí misma es una construcción social biologizada.

Así, la dominación masculina está fundada en la lógica de la economía de intercambios simbólicos, o sea, sobre la asimetría fundamental entre hombres y mujeres, instituida en la construcción social del parentesco y el matrimonio. La economía del capital simbólico tiene cierta autonomía respecto del sustrato material, lo cual se puede perpetuar a pesar del cambio en el modo de producción (Bourdieu, 1996). No olvidemos que, a decir de Godelier (1986), la verdadera fuerza de dominación masculina reposa en que la creencia en ciertas prácticas simbólicas es compartida por hombres y mujeres.

Se ha reconocido y documentado que los varones se enfrentan a problemas para adquirir su identidad masculina y que ésta se tiene que reafirmar continuamente a lo largo de sus vidas. Tratar de cumplir con el ideal que representa “ser hombre” es generalmente una experiencia difícil; los varones intentan con gran esfuerzo llegar al éxito, la riqueza, el estatus, aún en contra de los otros y muchas veces de sí mismos.

La llamada “masculinidad hegemónica” definida por Connell (2003) o “dominante” definida por Bourdieu (1996), se ofrece como un saber que orienta, motiva e interpela a los individuos concretos constituyéndolos como sujetos. Al mismo tiempo, el modelo dominante supone la posibilidad y la realidad efectiva de una construcción de subjetividades masculinas que se relacionan de forma muy diversa con el paradigma dominante, ya sea acatando, negando o transgrediendo el mandato.

Se ha afirmado que la masculinidad, tradicionalmente se mide a través del éxito, el poder y la admiración que se es capaz de generar en los otros. Los varones para ser respetados tienen que ser independientes, contar

sólo consigo mismos; deben ser siempre fuertes y recurrir a la violencia si es necesario. De ahí que para algunos autores la masculinidad constituya un factor de riesgo (De Keijzer, 1992). Deben demostrar que son capaces de correr todos los riesgos; el varón ejemplar es duro, solitario, no necesita de nadie, es impasible y viril. Duro entre los duros, mutilado de afecto que está más preparado para la muerte que para el matrimonio y el cuidado de sus hijos.

Consideramos útil hablar de masculinidades en plural. Además de la masculinidad dominante y estereotipada, hay formas de masculinidad hoy subordinadas, que resisten y transforman normatividades imperantes. Aunque sean una minoría, no existe razón para suponer que en el futuro no lleguen a ser las prevaecientes (Connell, 2003). Al referirnos a las masculinidades en plural, visibilizamos que existen diversas maneras de ser hombre, y que se trata de categorías históricas, construidas socialmente y por tanto, transformables.

Desde esta perspectiva, la masculinidad se construye y cambia de una cultura a otra, dentro de la misma cultura y además en el curso de la vida individual de los varones, y por supuesto, como plantea Connell (2003), entre diferentes grupos de hombres según su clase, raza, grupo étnico y preferencia sexual. En este sentido, Irene Meler (2007), nos plantea adecuadamente que mujeres y varones pueden ser considerados como colectivos sociales, diferenciándose entre sí por diversos factores como la clase, la edad, el origen étnico y la orientación sexual. En nuestra experiencia, derivada de la investigación que hemos realizado, documentamos que existen diversas maneras de ser hombre, de vivir la masculinidad.

Si bien los factores estructurales y económicos son sin duda fundamentales, es también muy importante la aportación de Irene Meler (2007), quien interpreta atinadamente a Nancy Chorodow y destaca la pertinencia de un estudio de la construcción idiosincrásica de la subjetividad, ya que cada sujeto elabora de modo personal el conjunto de representaciones y valores compartidos en su entorno social y el cómo los traduce a las prácticas específicas día a día. Por ello, la teoría de representaciones sociales se retoma como un marco útil para el estudio de las identidades de género y las masculinidades, como se discutirá a continuación.

Representaciones sociales de género y masculinidad en San Martín Tilcajete: el machismo y la violencia

San Martín Tilcajete es un municipio autónomo del distrito de Ocotlán localizado aproximadamente a 32 kilómetros al sureste de la ciudad de Oaxaca en la región de los Valles Centrales. Se trata de una comunidad de origen Zapoteca regida por un sistema político tradicional de cargos, con una población aproximada de dos mil habitantes; católica en un 95.3%.

Históricamente dependía de la agricultura de subsistencia para consumo doméstico (Pérez, 1991). Empero, las transformaciones en las últimas décadas han sido muy significativas e implican cambios laborales, familiares y culturales que han impactado en las identidades de género sin que automáticamente se transformen las representaciones sociales de fondo que cimientan la desigualdad y la exclusión. Actualmente, la comunidad se ha volcado a la migración (especialmente internacional) y a la producción de artesanías talladas en madera conocidas como “alebrijes” y el turismo como principales actividades económicas.

El machismo resultó una categoría contextual desde la representación social tras hacer el análisis de contenido de las entrevistas y el material en campo. Éste se entiende como un fenómeno cotidiano conformado por un conjunto de representaciones, elementos, actitudes, comportamientos, creencias, prácticas y prejuicios, resultado de la cultura patriarcal más amplia como sistema de poder y dominación, a partir de los cuales se discrimina jerárquicamente a mujeres y hombres en virtud de su condición genérica, sistémicamente dando primacía a los hombres (Serrano, 2010).

El machismo es parte del sistema ideológico que se constituye en y opera desde la identidad genérica, y así define sujetos, afectos, relaciones, representaciones, y prácticas; por lo mismo, es posible estudiar sus expresiones en los contextos individual (ontogénesis) y micro-grupal (microgénesis), hasta sus dimensiones históricas y arraigo en una cultura dada (sociogénesis).

En voz de las y los sujetos entrevistados, dado que “el machismo” es un fenómeno de la cotidianidad del cual se tiene una experiencia directa y se conversa, no es un constructo teórico lejano como el patriarcado o

la dominación hegemónica. Por ello, se puede acercar al significado del machismo y los elementos que lo constituyen en un lugar específico, como el caso de la comunidad de San Martín Tilcajete. No obstante, debido a que el machismo opera como un velo ideológico, también en el análisis se busca ir más allá de las voces que dan contenido a estas experiencias, al hacer un eco de sus sesgos sistémicos.

El machismo es un fenómeno fuertemente arraigado en la conciencia colectiva “tileña” tanto en hombres como en mujeres, quienes diariamente viven bajo la norma de un machismo cuyos elementos imperan de manera directa y simbólica; están presentes en el discurso, en las prácticas, en los afectos, en la toma de decisiones y las relaciones. Aparece tanto en los chistes prepotentes más ordinarios, hasta en las relaciones e interacciones más sutiles, en términos generales define el poder y estatus de ellos y la invisibilidad y silencio de ellas en espacios tradicionalmente considerados masculinos y típicamente públicos como la política.

No olvidemos que antes de los años noventa no era bien visto que las mujeres salieran de sus casas solas, ni siquiera a hacer múltiples encargos o “mandados” asignados típicamente a su género. Hoy en día las mujeres asisten regularmente a las asambleas comunitarias, aunque siguen siendo un sujeto invisible y silenciado en la toma de decisiones políticas, típicamente fungen como espectadoras. Difícilmente opinan o discuten temas en público, en privado su opinión es secundaria al varón. Cuando se atreven a hablar en las asambleas, normalmente es porque los asuntos tienen que ver con el cuidado de otros, la educación o las fiestas y la iglesia.

El machismo se reproduce a través de patrones de educación y socialización (ontogénesis y microgénesis), en los cuales las madres están de acuerdo en replicar los estereotipos y la violencia de género como algo natural y en la práctica deseable o inamovible. Aparece como un hecho social ya que está completamente naturalizado, es un eje de identidad a nivel ideológico, en las representaciones.

Opera a través de estereotipos de género (sociogénesis), que en el siglo XXI y en otras partes del país parecen inconcebibles, dada la información que circula públicamente; aunque los medios de comunicación replican sesgos machistas y contribuyen a su arraigo, los actualizan. Prejuicios tales

como el hecho de que un niño cocine o haga tareas domésticas conlleva que se vuelva homosexual, o que el cáncer cérvico uterino (CACU) resulta de la promiscuidad, siguen vigentes en el imaginario. También el machismo impacta en la cosificación de las mujeres como persona y cuerpo, quedando ella sujeta primero, a la tutela del padre y luego al marido como una pertenecía, pues dirigen sus decisiones y pensamientos.

En Tilcajete, cuando una mujer se casa, se le aísla de su familia de origen y de sus redes de apoyo dado que ya ha formado una nueva familia, lo cual no ocurre en el caso de los varones. Esto se legitima por el sistema político y laboral de vivienda patrilocal, de tenencia de bienes comunales y ejidales en manos del jefe de familia varón; así como a partir de formas más sutiles, incluida la religión y las tradiciones.

Es decir, en los procesos de institucionalización de creencias y explicaciones acerca de la diferenciación genérica, las mujeres aparecen siempre subordinadas a los hombres, sin capacidad de pensamiento y acción, más allá de la naturalización de la maternidad como esfera de provisión, cuidados y afectos típicamente femeninos.

A raíz del impacto de la migración y la apertura de la comunidad al turismo y los medios tecnológicos y de comunicación; en las entrevistas —especialmente en las nuevas generaciones— encontramos quejas de mujeres y varones de este orden patriarcal tan arraigado que llaman “cultura machista” y gradualmente intentan transformar en sus relaciones interpersonales, como pueden ser las paternidades involucradas, relaciones de pareja más equilibradas, hogares encabezados por mujeres o procesos de micro-empoderamiento.

Un elemento fundamental que tiene que ver con la conformación de los cánones sociales, es la forma en que operan el chisme y la vigilancia social. En contextos comunitarios “tradicionales”, donde las identidades son principalmente normadas desde la colectividad, la reputación personal y familiar es algo esencial; ya que la mayoría de los miembros de la comunidad están emparentados o relacionados, todas las personas se conocen al menos por nombre y reputación, y a través del chisme y la vigilancia social se garantiza el cumplimiento de los cánones sociales y de los mandatos de género.

Hablando de machismos introyectados, es importante recalcar que dicha vigilancia social es primordialmente ejercida por las mismas mujeres, quienes lejos de protegerse unas a otras, constantemente buscan la ocasión de hablar de las “otras” y consolidar su estima o renombre, o el de sus familias, al exhibir a las demás.

A pesar del contexto societal cambiante a nivel mundial y de la participación de las mujeres; de los crecientes niveles educativos en ambos géneros (ej. el impacto del programa Oportunidades); de las políticas a favor de los derechos de las mujeres y la no discriminación; de su agencia día a día como comerciantes y artesanas, las mujeres tileñas no han tomado conciencia de su situación de opresión como género, y el abuso cotidiano se sigue aceptando, naturalizando y reproduciendo.

Las mujeres tampoco han exigido que se conforme alguna instancia a nivel comunitario para que atienda su situación; por ejemplo, no tienen a dónde acudir ni en los casos de abuso extremo. Los varones, especialmente entre las nuevas generaciones, reconocen algunos de estos problemas que aquejan a las mujeres y en ocasiones les producen malestar a ellos si bien todavía no están dispuestos a cuestionar sus privilegios ni sus costos asociados de manera sistemática y grupal.

Un aspecto muy importante a resaltar es que Tilcajete es un contexto comunitario atravesado por importantes cambios relacionados con la modernidad a un paso veloz. Enfrenta la crisis del campo, el fin de los subsidios, la erosión, desertificación y degradación de suelos; la escasez media de agua, el cambio climático; la crisis económica con su resultante migración de varones en edad productiva; cambios en los perfiles demográficos y reproductivos; el influjo de los medios masivos de comunicación, las tecnologías de información, entre otros.

Los cambios y conflictos inherentes a la vida social, en especial aquellos que no encuentran nuevos equilibrios, frecuentemente llevan a una de las caras más atroces del machismo cimentada en las construcciones de feminidad y masculinidad: los actos de violencia. Existe una estrecha relación entre la mentalidad machista-patriarcal de las y los habitantes y sus prácticas de violencia de género.

En San Martín Tilcajete se identifican diversos tipos de violencia de género: sexual, física, conyugal, familiar, laboral, patrimonial, psicológica, intelectual, simbólica, lingüística, económica, jurídica y política. A pesar de que los roles de género tan marcados están cargados de una valoración completamente desproporcional a favor de los hombres, la violencia de género también la ejercen las mujeres en contra de otras mujeres y de ellas mismas, imposibilitando su identificación y erradicación —el ejemplo más típico es el de la suegra—.

Se puede afirmar que la violencia es un hecho más de la cotidianidad, está completamente naturalizada y rige las relaciones entre diferentes clases, generaciones y géneros. En resumen, en el análisis del material de campo encontramos que la violencia es un fenómeno transversal que atraviesa las diversas categorías de análisis de forma distinta y particular; por ello, no se puede limitar el análisis de la violencia a la violencia de género, aunque la violencia no es neutral en términos de género y sí es posible y deseable analizar todas las formas de violencia desde una perspectiva de género.

Si bien ya no se han registrado casos mortales directamente vinculados con la violencia de género (feminicidios), es importante explicitar a lo largo del trabajo la forma en que la violencia opera en la cotidianidad, y cómo se invisibiliza y se reproduce gracias a la cultura machista que la legitima; puesto que la concientización de la violencia y la desigualdad en las relaciones entre los géneros permiten la búsqueda de alternativas.

Alternativa de la justicia social en aras de la equidad

A pesar de que se han registrado importantes cambios, el arraigo del machismo en las representaciones sociales y prácticas cotidianas es tan hondo en Tilcajete, que las mujeres no tienen acceso directo a las tres esferas claves de justicia social en aras de la “paridad participativa” identificadas por Nancy Fraser (Serrano, 2013).

Siguiendo algunas aportaciones importantes en el tema (Fraser 2008, 2005), la redistribución económica, la representación política y el reconocimiento cultural son dimensiones interrelacionadas que deben tener el mismo peso con el fin de prevenir la desigualdad económica, la

reificación de las identidades colectivas, las violaciones sistemáticas a los derechos humanos y la exclusión de actores socialmente relevantes tales como las mujeres (Fraser, 2001).

Al explorar estas tres esferas en relación con la familia, el trabajo y la cultura en San Martín Tilcajete, se visibiliza la dominación masculina en los procesos de ontogénesis, microgénesis y sociogénesis cimentada en las representaciones sociales que dan pie a identidades de género específicas y sus consecuencias de manera relacional, tanto en mujeres como en varones.

En un contexto altamente expulsor de varones jefes de hogar en edad productiva, esta desigualdad y falta de empoderamiento en las mujeres coloca a familias enteras —que también incluyen varones más jóvenes y ancianos— en condiciones de vulnerabilidad, ya que ellas son las jefas de hogar *de facto* aunque carezcan de recursos y autoridad.

Dado el sistema político tradicional de unidades domésticas encabezadas por varones, reforzado por el patrón de residencia patrilocal y el tipo de matrimonio endogámico heterosexual, las mujeres en general y los varones de mejor jerarquía (por edad o estatus), crecen y se socializan en un contexto de desigualdad en el que se da una alta violencia física y emocional llamada “machista” donde sufren ambos géneros, aunque afecta desproporcionadamente a las mujeres.

Los recursos (económicos, políticos y culturales) son propiedad y están a disposición de los varones (Vázquez, 2011). Se puede hablar de una rígida división de las esferas pública y privada, aunque la apertura de la comunidad a raíz de los cambios en las actividades económicas, la emigración a EUA y el turismo ha implicado que las mujeres ya hagan uso del espacio público.

Se comenta que hasta los años noventa era inusual ver a mujeres caminar no acompañadas por las calles o recibir personas sin supervisión en sus casas. Ahora caminan a hacer mandados solas, buscan víveres en los mercados regionales, salen a dejar a sus descendientes a las escuelas y llevarles “la torta” a la hora del receso, acuden a los servicios médicos locales y son parte activa de los comités comunitarios, si bien estos están mayormente encabezados por varones.

En la esfera política, es frecuente que las mujeres cumplan los servicios comunitarios en nombre de sus maridos migrantes, quienes regresan a la comunidad de origen cuando se trata de puestos de mayor jerarquía a los que ascienden gracias al trabajo no reconocido y no remunerado de las mujeres.

Desde el punto de vista económico, las mujeres no controlan los recursos generados por la elaboración y venta de artesanías, o recibidos como remesas que frecuentemente quedan en manos de la familia de origen del cónyuge como forma de control (aunque esto coloca a toda la familia nuclear en aprietos). El mejor de los escenarios implica que el migrante decide telefónicamente su uso y su familia de origen le administra los recursos.

Sin embargo, en el segundo escenario esto también es desfavorable para el varón, considerando que el objetivo y esfuerzo del cónyuge al emigrar es principalmente generar un patrimonio para su familia nuclear, que les permita independencia de la familia extensa y extensa-compuesta; ya que se dan casos en que las familias de origen engañan al migrante, usan los recursos enviados como remesas para ampliar sus casas, compran bienes o servicios que benefician muy poco o en nada (caso extremo) a la familia nuclear sin que éste pueda hacer mucho del otro lado de la frontera, por las deudas del cruce y un estatus ilegal en la mayoría de los casos.

En cuanto al reconocimiento, es importante generar espacios en la cultura que permitan el desarrollo de los diversos grupos desde sus especificidades sin que, por una parte, el ser diferentes o reafirmar sus diferencias —como minorías activas, por ejemplo— implique la reificación automática de sus identidades como esenciales, caigan en condiciones de desigualdad e incluso discriminación; o que por otra parte se minimicen o marginen sus especificidades en una óptica tiránica de las mayorías y sus hegemonías.

De otra forma las políticas de reconocimiento —que Fraser distingue de las políticas de identidad— corren el riesgo de sancionar las violaciones de derechos humanos y congelar los antagonismos que pretenden mediar. Un grupo que en número es mayoritario, pero como agenda cultural y política es absolutamente minoritario y casi inexistente es el de

las mujeres —como colectivo y en su diversidad individual y microgrupal—, que también aparece en la agenda de las desigualdades de género.

Estas desigualdades tienen implicaciones perniciosas para ambos géneros, especialmente en el contexto cambiante de la localidad. La realidad se ha transformado, sin embargo, las representaciones sociales de género ancladas en la tradición generan una disonancia que implica malestares y ansiedad para las mujeres y los varones, pues la cultura no permite mediar estos cambios. Al respecto, los sujetos transexuales no caben en el imaginario local, se alude a estos en el discurso como parte de otros grupos socioculturales.

Otro ejemplo es que a raíz del éxito de la artesanía tallada en madera, San Martín Tilcajete se ha convertido en un polo de interés cultural y turístico importante. Esto incluye el renombre en la artesanía y los talleres, pero va más allá y ha implicado una diversidad de manifestaciones culturales (fiestas, ferias artesanales, bandas musicales, el grupo de danza, etcétera) que están encabezadas por varones y aunque incluyen mujeres, difícilmente tienen el reconocimiento como pares.

Reflexiones conclusivas

Analizando los resultados obtenidos en el trabajo de campo a la luz de la perspectiva de género y las características de la masculinidad, podemos constatar que algunos elementos representacionales más importantes que constituyen y legitiman al machismo en San Martín Tilcajete, están estrechamente ligados a los procesos de socialización y conformación de identidades genéricas.

Esto ocurre con las relaciones de pareja o familiares sancionadas, la violencia física, simbólica y patrimonial; las relaciones íntimas y la sexualidad esperada o exigida según el género; la infidelidad y el alcoholismo permitidos socialmente a los hombres en la lógica de la doble moral, que son completamente prohibidos para las mujeres al interior de la comunidad; la discriminación laboral genérica, la relación entre lo público y lo privado y viceversa, el sistema político de “usos y costumbres”, así como el sistema ritual y religioso.

Dichos elementos permiten visibilizar tanto el elemento cotidiano y local del machismo en Tilcajete (ontogénesis y microgénesis), como la dimensión histórica y el contexto cultural del que se nutre su arraigo (sociogénesis). En Tilcajete, por ejemplo, observamos el orden social masculino legitimado y reproducido a través de las representaciones sociales de género imperantes que organizan las esferas de representación, distribución y reconocimiento.

En primer lugar, esto se advierte en la dimensión económica de la producción y la distribución, pues vemos que a pesar de los cambios en las actividades productivas en la comunidad —de agricultura a migración, producción de artesanías talladas en madera y turismo—, el éxodo masivo de varones jefes de hogar hacia EUA a causa de la migración internacional y el trabajo remunerado de las mujeres en la producción y venta de artesanías, no han puesto el control del capital en manos de ellas.

Lo anterior a pesar del arraigo, de las representaciones de maternidad y de los cuidados en las identidades femeninas o la naturalización del “ser para otros”. El uso y distribución de las mismas beneficiaría en primer lugar a la familia nuclear y sólo en segundo lugar e indirectamente a ellas (Serrano, 2010).

En la esfera política de la representación, encontramos una asimetría fundamental instituida efectivamente sobre la construcción social del parentesco y el matrimonio, lo cual implica un binarismo tajante entre las construcciones de lo masculino y lo femenino, lo público y lo privado. Esta división público-privada sitúa en la esfera pública a los varones y subsume a las mujeres en la privada, que además es encabezada por el varón jefe de hogar. Aunque ellas son las responsables *de facto*, el poder y las decisiones están en manos de varones, mientras ellas fungen como asistentes.

Públicamente, las mujeres son ciudadanas en el sistema político tradicional, pero son ciudadanas de segunda, al estar silenciadas e invisibilizadas. Trabajan en el sistema de cargos sin reconocimiento y participan en la asamblea sin representación. Sin tratar de generar una visión maniquea de las relaciones entre los géneros, en la práctica se observa cómo en las asambleas y los comités ellas reproducen el punto de vista de los

sujetos dominantes y los imperativos de género, al grado de promover y guardar los intereses de los varones, incluso cuando estos atentan contra ellas mismas o sus familias, el caso más claro es la violencia.

Una noche de cárcel comunitaria o una multa de bultos de cemento no restituye a las mujeres los daños ocasionados por la violencia; sin embargo, no ha surgido un grupo organizado de mujeres que busque reformar políticamente los mecanismos de prevenir, sancionar o erradicar la violencia de género en sus múltiples expresiones. Consideramos que aun así, dado el contexto de machismo tan arraigado, el hecho de que las mujeres ya tengan visibilidad en la esfera pública, que asistan a las asambleas y asuman cargos en el sistema tradicional —incluso cuando sean de menor jerarquía y a nombre del jefe del hogar ausente— implican cambios con potencial transformador a mediano y largo plazo.

Por último, en cuanto al reconocimiento que toca a las otras esferas y se inscribe en los significados profundos de las identidades culturales, es muy importante que ambos géneros tengan los elementos para gestionar y transformar sus identidades. Dada la importancia de la maternidad en la reproducción de la cultura ligada a la feminidad y el ámbito doméstico, es importante considerar este nivel en aras de generar nuevos significados que apunten hacia relaciones más justas y equilibradas entre los géneros de las nuevas generaciones.

Incluso, la migración ha implicado que los varones empiecen a buscar un papel más activo en la crianza de sus descendientes, generando vínculos emocionales mucho más explícitos que en sus historias de origen, aunque ello implique involucrarse en la educación y la reproducción socio-cultural y deje de lado la participación y distribución de tareas domésticas.

Empero, además de los cambios entre los varones, es importante dar reconocimiento y valía a las mujeres desde sus actividades tradicionales o emergentes, como hacedoras y transformadoras de la cultura, como artistas o artesanas, como administradoras del hogar o del taller artesanal, como protagonistas de los procesos políticos e identitarios, así como respetar sus derechos humanos básicos y generar oportunidades para potenciar su pleno desarrollo.

El cambio no será externo ni automático, implica una génesis en los tejidos sociales que apunten a un equilibrio entre la esfera económica, política y cultural, que incluya la visión del mundo y de los géneros, la subjetividad y las relaciones, ancladas en las representaciones sociales que imperan; ese capital simbólico a partir del cual se generan, justifican y transforman las prácticas.

Ante los embates de un mundo cada vez más fragmentado, individualizado y sistémicamente desigual, serán los grupos sociales más equilibrados que podrán generar alternativas para una vida con dignidad y tener una ventaja competitiva en la convivencia. Por ello, es importante subrayar que a pesar de la prevalencia y arraigo del machismo, la desigualdad y la violencia en la cultura, es posible y deseable identificar críticamente cuáles son sus orígenes, sus elementos constitutivos y los mecanismos a partir de los cuales se ancla, norma, reproduce y legitima con el fin de transformarlos.

El cambio es también un elemento constitutivo de la dinámica social, pues las identidades y relaciones de género se pueden deconstruir y transformar en aras del bienestar de los seres humanos desde sus contextos específicos. La investigación desde la representación social, comprometida con la equidad y el bienestar de todos los sujetos de género, también hace hincapié en la toma de consciencia, en las acciones a partir de las cuales sujetos, grupos y la sociedad en general, buscan transformar y trascender las diversas formas simbólicas o manifiestas que les oprimen e inhiben su libertad, su bienestar y plenitud.

Referencias bibliográficas

- Ballén, K. P. (2012). "Ser hombre": Un acercamiento desde las representaciones sociales sobre la masculinidad en jóvenes de Ciudad Bolívar y la configuración de sus subjetividades políticas. En: *Aletheia*, 4 (1), Enero-Junio, pp. 87-109.
- Bourdieu, P. (1996). *La dominación masculina* (6ª ed.). Barcelona, España: Anagrama.
- Calligros, J. C. (1996). *Sobre héroes y batallas*. Lima, Perú: Escuela para el Desarrollo/ Estudio para la Defensa de los Derechos de la Mujer.
- Connell, R. W. (2003). *Masculinities*. Berkley: University of California Press.
- Contreras, F.; de Keijzer, B. y Ayala, L. A. (2012). La construcción de la masculinidad y sus expresiones en la sexualidad de los adolescentes. En: *Colecciones educativas en salud pública*, 8, pp. 495-518.

- De Keijzer, B. (1992). Morir como hombres: la enfermedad y la muerte masculina desde una perspectiva de género. En: Seminario de Masculinidades, México DF.: PUEG-UNAM.
- Duveen, G. y Lloyd, B. (eds.) (1990). *Social representations and the development of knowledge*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Flores, F. (2001). *Psicología social y género*. México, DF.: McGraw Hill/DGAPA/UNAM.
- Fraser, N. (2001). Social justice in the knowledge society: Redistribution, recognition and participation [versión electrónica]. En: *Heinrich Böll Stiftung*, 5, 1- 13. Consultada el 15 de enero de 2012. Disponible en: www.wissensgesellschaft.org
- Fraser, N. (2005). Reframing justice in a globalizing world. En: *New left review*, 36, pp. 1- 19.
- Fraser, N. (2008). Social justice in the age of identity politics: Redistribution, recognition and participation. En: G. L. Henderson & M. Waterstone (eds.) *Geographic thought: A praxis perspective*. pp. 72-89, Oxon: Taylor & Francis.
- Gilmore, D. (1994). *Manhood in the making: Cultural concepts of masculinity*. New Haven: Yale University Press.
- Godelier, M. (1986). *La producción de grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. Madrid: Akal.
- Herrera, G. & L. (s/f). Masculinidad y equidad de género: desafíos para el campo del desarrollo y la salud sexual y reproductiva [versión electrónica]. En: *Biblioteca virtual sobre masculinidades*. Consultado el 2 de enero de 2013. Disponible en: <http://www.scribd.com/archive/plans?doc=41434105>
- Jiménez, M. L. (2003). *Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos*. México: CRIM-UNAM.
- Kaufman, M. (1995). Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En: L. Arango; M. León & M. Viveros (comps.) *Género e identidad* (pp. 123-146). Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.
- Kimmel, M. S. (2000). Rethinking 'masculinity': New direction in research. En: M. S. Kimmel (ed.) *Changing men: New directions in research on men and masculinity*, pp. 9-24. Newbury Park, CA: Sage.
- Lizana, V. A. (2008). Representaciones sociales sobre masculinidad de los/las estudiantes de pedagogía, en los contextos de formación docente inicial. En: *Revista Iberoamericana sobre calidad, eficacia y cambio en educación*, 6 (1), pp. 134-153.
- Meler, I. (2007). La construcción personal de la masculinidad: su relación con la precariedad de la inserción laboral. En: M. Burin; M.L. Jiménez e Irene Meler (comps.) *Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género* (pp. 121-147). Buenos Aires, Argentina: UCES.
- Ospina Botero, M. (2007). Representaciones sociales de masculinidad y su expresión en el ámbito familiar. En: *Revista académica e institucional de la UCPR*, 77, pp. 69-84.

- Pérez, I. (1991). *Etnografía de San Martín Tilcajete*. Tesis de licenciatura en Antropología. México DF.: Departamento de Antropología, UAM-Iztapalapa.
- Scott, J. W. (1996). Gender: A useful category of historical analysis. En: M. Lamas (comp.) *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265-302). México: PUEG-UNAM.
- Serrano, S. E. (2010). *La construcción social y cultural de la maternidad en San Martín Tilcajete, Oaxaca*. Tesis de doctorado. México DF.: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Serrano, S. E. (2013). Migration, woodcarving and *engendered identities* in San Martín Tilcajete, Oaxaca. En: T. Truong; D. Gasper; J. Handmaker & S. Bergh (eds.) *Migration, gender and social justice. Perspectives on human insecurity* (pp. 173-192). Heidelberg, Alemania: Springer.
- Vázquez, V. (2011). *Usos y costumbres y ciudadanía femenina. Hablan las presidentas municipales de Oaxaca. 1996-2010*. México DF.: H. Cámara de Diputados/Colegio de Posgraduados/Miguel Ángel Porrúa.

Dra. María Lucero Jiménez Guzmán

Mexicana. Posdoctorado en Género por la UCES Profesora investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México. Líneas de investigación: género, identidades de género, juventudes y precarización laboral, masculinidades, movimientos sociales.

Correo electrónico: malucerojimenez@hotmail.com

Dra. Serena Eréndira Serrano Oswald

Mexicana. Doctora por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesora investigadora en estancia posdoctoral CRIM-UNAM. Líneas de investigación: identidades de género, migración, representaciones sociales, reconceptualización de seguridad, cultura, desarrollo regional, Oaxaca.

Correo electrónico: sesohi@hotmail.com

Recepción: 4/10/13
Aprobación: 7/02/14



Fotografía de Massiel Hernández García.